

FRANK McKAY S.M.

# **LAICADO MARISTA**

**Perspectivas del Padre Colin.**

**Hacia su puesta en marcha**

Marzo de 1989

Docs. SM. ESPAÑA. 8 - Marzo de 1989

-----

## **DE LA CARTA DEL SUPERIOR GENERAL DESPUÉS DEL CONSEJO DE LA SOCIEDAD - MADRID. 1988**

Reapropiación de la visión del P. Colin sobre el movimiento laico marista.

Se constató que un número de maristas cada vez mayor cree que la Sociedad posee una rica espiritualidad, que debe compartir con todo el pueblo de Dios. Compartir esta espiritualidad propia es parte de nuestra vocación marista. Es un don para la Iglesia, y no podemos atesorarle como un bien personal. La conciencia de este aspecto de nuestra vocación se ha desarrollado lentamente en la Sociedad, aunque se encontraba ya en el pensamiento de nuestro Fundador. La Tercera Orden, tal cual él la concebía, sería el carril principal que deberíamos utilizar para extender una espiritualidad de la misericordia, realizar la obra de María y, así, renovar la Iglesia.

No debemos, pues, ver la Tercera Orden como un grupo de laicos que se esfuerzan por vivir en el mundo la vida religiosa, sino como un amplio movimiento laico marista, que podrá adoptar maneras diversas, y en el que los laicos aprenderán una forma marista de vivir el evangelio y de evangelizar a los hombres y mujeres de su tiempo y de su cultura.

### **El post CS-88**

Con las Constituciones recientemente aprobadas, la Declaración sobre la misión de 1985, los Decretos Capitulares y las decisiones y recomendaciones del CS88, no nos faltan fuentes de inspiración, principios y directrices concretas en que apoyar nuestros esfuerzos de renovación personal y comunitaria. La dificultad principal estriba en pasar de la teoría a la práctica. Se espera de cada uno de nosotros un compromiso personal. Mediante el diálogo y el discernimiento comunitario descubriremos los medios más prácticos que debemos utilizar para hacer realidad en nuestro mundo la visión que tenía el P. Colin de la nueva Iglesia.

John JAGO, S.M. Superior General.

Seán FAGAN, S.M. Secretario General

**CONSEJO DE LA SOCIEDAD 1988**  
**DECISIONES Y RECOMENDACIONES.**  
**CONSORCIO CON LOS LAICOS**

- 17.El Consejo urge a todas las provincias a que presten gran atención a los nn. 19 y 31 de nuestras Constituciones. Reconoce que la Tercera Orden, en su forma tradicional, ha sido y continúa siendo una fuente de gracias para la Sociedad y para sus miembros laicos. Es también una fuente de gracia el redescubrimiento de la visión más amplia del P. Fundador sobre el laicado marista y su misión en la Iglesia. El Vaticano II y el Sínodo sobre los laicos nos llaman a trabajar para que los laicos asuman su vocación y su misión. En este contexto, el Consejo de la Sociedad declara lo siguiente:
- 18.Aprueba el nombramiento de un Animador Internacional del laicado marista y pide a todas las provincias que le den un apoyo total.
- 19.Alaba los recientes esfuerzos de la administración general para desarrollar la Tercera Orden de María en un línea más coliniana (cf. Const. 31 y DC. 112). Cree que el documento preparado por el P. McKAY: “Laicado marista: en busca del estilo previsto por el P. Colin”, en el cual se presenta la Tercera Orden como un movimiento laico marista, ofrece un valioso aporte en esa línea.
- 20.Recomienda a la administración general que publique lo más pronto posible ese documento en la serie “Maristica”.
- 21.Pide a todos los provinciales que la realización de las perspectivas colinianas sobre el laicado marista figure en el orden del día de su capítulo provincial (Const. 32).
- 22.Recomienda a todas las provincias que intercambien entre sí los frutos de sus experiencias en cuanto emprenden para realizar esas perspectivas colinianas sobre el laicado marista.

## INTRODUCCIÓN

Los Decreta Capitularia (n. 112) hablan de la responsabilidad que tiene el superior general y los superiores provinciales con sus consejos de promover y desarrollar la tercera orden y demás grupos seculares maristas. Se determina más la naturaleza de esta responsabilidad cuando se afirma que debe “reflexionar y buscar con los mismos seculares la manera de integrarlos en la misión global de la Iglesia en la línea contemplada por el P. Colin”.

Lo que paraliza nuestra capacidad de acción es la duda continua de no conocer el pensamiento del P. Colin. Algunos textos sacados en su mayor parte de los “Orígenes Maristas” y otros tantos fragmentos retenidos en nuestro subconsciente sobre las relaciones entre Colin y Eymard han llevado a muchos de nosotros a la conclusión de que Colin era un “visionario” (lo era) y que sus escritos son un producto profético (lo eran, efectivamente). Pero “visionario” no significa opaco. Colin no es profético en la línea de la visión de los cuatro animales y el carro junto al río Kebar en la profecía de Ezequiel. Estas visiones son un desafío para la exégesis. Colin es profético en cuanto fue el mediador entre María y nosotros y nos indicó lo que ella quería y cómo podríamos realizarlo. También es profético en el sentido de que anticipó mucho lo que vendría a ser la Iglesia contemporánea.

A veces hablamos como si tuviéramos que sacar de la oscuridad y la confusión lo que Colin quería para el laicado marista. Pero esta tarea ha sido realizada ya, no una sola vez, sino muchas. Fue hecha, primero, por Alfonso Cozon con ocasión del Capítulo General de 1880. Luego por Brendan Hayes por los años 50 con su “The Story of Father Colin’s Third Order Rule (“Historia de la Regla de la Tercera Orden del Padre Colin”) y “Passing on the Torch (“Pasar la antorcha”). Finalmente, por Jean Coste en sus cuatro conferencias al Congreso de la Tercera Orden, celebrado en Roma en 1979, y de manera indirecta, en su tercera conferencia de Framingham en 1980. Ahí está el modo cómo el P. Colin contemplaba la integración de los seculares maristas en la misión global de la Iglesia. Nuestro problema estriba más bien en lo que Coste apuntaba al Capítulo General de 1977: “Le toca a nuestra época -y de ello estoy plenamente convencido- el ponerse a escuchar la voz imperiosa del P. Fundador para de inmediato trasladarlo en actos concretos”.

ESCUCHAR, TRADUCIR, esto es lo que se empieza a hacer en algunas provincias. Pienso en los grupos de Madres marianas de Nueva Zelanda, que rebasan las fronteras de la Iglesia católica; en los tímidos pasos de un grupo nuevo en una universidad del Estado de Wellington; en la parroquia marista de Gramercy, estado de Luisiana; en lo que está ocurriendo en Francia, en Alemania, en Fiyi, regiones que todavía no conozco muy bien. Podría añadir las inmensas esperanzas que representan provincias como Irlanda o San Francisco que acabo de visitar. Partiendo de estos primeros pasos realizados voy a ofrecer algunas ideas concretas sobre el modo de traducir hoy en actos la visión de Colin. Creo que todos estaremos de acuerdo en decir que estamos aún lejos de la meta.

Me gustaría empezar por un breve examen de cómo Colin pasó de una visión ambigua de la tercera orden, ambigua al principio, a las aclaraciones que aportó en los últimos años de su vida. Dejaré de lado los aspectos históricos complejos. Destacaré sobre todo los aspectos históricos más importantes para nuestro objetivo de descubrir las estrategias para hoy. Me servirán de guía los recientes trabajos realizados por el biógrafo de Eymard, Donald Cave, s.s.: “Eymard, los años 1845-1851”, publicados en 1969; “Maristas laïcs: Recueil index Mayet”, y los escritos de Alfonso Cozon, publicados por Charles Girard en 1988. También utilizaré los libros citados más arriba. Las notas completas permitirán a los interesados explorar estas fuentes de una manera más profunda. Emplearé siempre el término Tercera Orden, utilizado en la mayor parte de los documentos. Más tarde diré por qué pienso que ése no es el término adecuado.

## **Primera parte**

### **RECORRIDO HISTÓRICO**

#### **Eymard y la tercera orden**

En primer lugar, importa aclarar las relaciones entre Colin y Eymard. Lo que hoy prevalece aún es lo que Eymard hizo de la tercera orden; pero no corresponde en absoluto a lo que Colin quería.

Pedro Julián Eymard era un joven cura diocesano cuando el 20 de agosto de 1839 entró en la Sociedad de María. Colin habló con admiración de la habilidad con la que arrancó el permiso a su obispo que se resistía.

Eymard llegó a ser la mano derecha de Colin. En 1844 fue nombrado provincial, que en ese momento equivalía a vicario general. En ausencia de Colin, Eymard actuaba en su nombre y atendía a las cuestiones ordinarias.

Había por entonces en Lyon un grupo de unas 14 jóvenes llamadas “Las Vírgenes Cristianas”. Propusieron a Colin que Eymard fuera nombrado su director. Él, inocentemente, lo designó para que cuidara al pequeño grupo. Estas mujeres habían participado en un intento de crear una tercera orden marista. Su proyecto global era llevar en el mundo una forma de vida religiosa, formar lo que hoy se llama un instituto secular <sup>1</sup>.

Eymard era un hombre que necesitaba un ministerio personal y un gran campo de maniobra; era también un excelente organizador. A los pocos días de ser nombrado director, en diciembre de 1845, pasó a la acción. Convocó una reunión y expuso su programa. A propósito de las cuatro ramas de la Sociedad: Padres, Hermanos<sup>2</sup>, Hermanas y Tercera Orden, declaró: “En fin, la Tercera Orden destinada a vivir en el mundo como religiosos”. Para las “Vírgenes Cristianas” eso era suficiente; pero para una Tercera Orden, era una concepción demasiado estrecha. Continuó: “El fin es, ante todo, honrar e imitar la vida pobre y escondida de la Santísima Virgen...”. Ciertamente esto forma parte del carisma marista, pero es sólo un aspecto. Eymard pidió a las terciarias guardar el secreto de su adhesión. Estos tres puntos: los seglares como una especie de religiosos en el mundo, el lugar central de Nazaret y el secreto, caracterizaban la concepción que Eymard tenía de la tercera orden; es la que prevaleció mientras estuvo en la Sociedad. Y nos dejó estas actitudes en herencia.

“Las Vírgenes Cristianas” formaban un grupo elitista con estrictos criterios para la admisión de miembros. Esto era comprensible para el grupo; respondía también a la idea de Eymard en esos años. Tuvo un éxito imponente; el grupo se extendió rápidamente. Cuando se hizo cargo de él en 1845 contaba con 14 miembros. En junio de 1850 podía escribir a un amigo. “En Lyon dirijo la Tercera Orden de María; cuenta ya con más de 300 personas muy piadosas. Entre ellas hay algunos eclesiásticos, pero sobre todo hombres seglares”.

La primera semana de cada mes Eymard dedicaba a la tercera orden cinco días. Preparaba las conferencias, tomaba nota de cada reunión y escribía numerosas cartas de dirección espiritual. Sentía verdadera pasión por escribir reglas para las diferentes fraternidades y pasaba muchísimo tiempo en retocarlas.

Colin no estaba contento con su provincial. Le había encomendado un pequeño grupo de mujeres y Eymard lo había transformado en un poderoso movimiento. Eymard estaba más

<sup>1</sup> Las ideas de Eymard sobre lo que ellas necesitaban se basaban en su experiencia pastoral. La relación con Marguerite Guillot le ayudó a precisar esas ideas. Trabajó con ella una amistad sólida y encontró en ella un apoyo fiel. Ella aspiraba a una vida de mayor recogimiento en el mundo. Él pensó que lo que convenía a Marguerite Guillot convendría a otras jóvenes devotas.

<sup>2</sup> Por Hermanos entendía “los hermanos que comparten el ministerio de los sacerdotes acompañándolos en las islas de Oceanía” (Cave. p.75)

interesado en el ministerio pastoral que en la administración. Llevaba dos años de provincial, y había estado los diez últimos meses trabajando para la tercera orden. Colin decidió relevarle de su cargo y nombrarle asistente y visitador. Esto significaba que tendría que hacer la visita de las diferentes casas y no tendría relación alguna con los grupos que dirigía. Pero Eymard juzgó que en la tercera orden había encontrado su vocación y que, como dice Cave, “era su verdadero intérprete”<sup>3</sup>.

### **La aprobación de la tercera orden en 1850**

La cuestión que hoy nos interesa es saber cómo juzgaba Colin la estructura y naturaleza de la tercera orden desarrollada por Eymard. La primera señal llamativa la tenemos en la reacción de Colin ante la aprobación de la tercera orden lograda por Eymard en 1850. En la Sociedad se cuenta la versión siguiente. Un misionero de Oceanía, el P. Bernin, de vacaciones en Francia, iba de Lyon a Roma. Eymard le dijo: “Consígame todo lo que pueda para la tercera orden”. Pensaba en las indulgencias que se concedían entonces con tanta largueza. Bernin se dirigió en Roma a un oratoriano, el P. Theiner, buen amigo de la Sociedad. Theiner le dijo: “Pero no se pueden obtener indulgencias para lo que no existe. Lo primero que se debe hacer es obtener la aprobación de la tercera orden”. La cosa se arregló sin grandes dificultades. La aprobación llegó accidentalmente, sin que Eymard lo hubiera previsto.

Esta versión se encuentra en la vida de Eymard escrita por Mayet, todavía manuscrita. Debe ser modificada a la luz de los documentos a nuestra disposición. De hecho, Bernin llevó a Roma una carta de Eymard a Theiner, con un resumen de los fines, normas y prácticas de la tercera orden; pedía también algunas indulgencias. El resultado fue que Theiner se puso en contacto con las congregaciones romanas pertinentes y el 8 de septiembre de 1850 fue presentada una súplica a Pío IX. Esta súplica pretendía expresar el deseo del P. Colin, superior general de la Sociedad de María, y del P. Carlos Eymard, provincial de la misma Sociedad. Evidentemente, el nombre de Eymard no era Carlo; tampoco era provincial desde hacía cuatro años. Estos errores se deben probablemente a la falta de información por parte de Theiner. Se concedió la aprobación y la noticia fue enviada a Eymard el 27 de septiembre de 1850. Roma y su correo funcionan despacio. Cuando por fin llegó la carta, Eymard tuvo que echar mano de todo su valor para ir a comunicar la noticia a Colin.

Colin se puso furioso. La aprobación se había obtenido en su nombre y sin su consentimiento. Él no había tomado parte alguna en la preparación de la súplica. La conclusión de Cave, después de examinar toda la cuestión en Mayet y en los demás documentos a nuestra disposición, es que la aprobación no fue accidental, sino que Eymard la había buscado deliberadamente. Su argumento es que Eymard tenía todas las razones para creer que Dios había bendecido su trabajo a favor de la tercera orden y que había encontrado ya bastantes veces la oposición de Colin y de otros para saber que su obra estaba en peligro. Su audaz paso para obtener la aprobación papal salvaría la tercera orden de una vez para siempre, incluso de Colin. Personalmente podría temer la reacción inevitable de Colin, pero estaba dispuesto a pagar este precio.

Desde hacía mucho tiempo soñaba con la aprobación de la tercera orden. Desde 1846 lo había intentado, pero Colin se había opuesto, sin querer oír hablar de ello. “El P. Eymard no está acostumbrado a estas cosas, sus Reglas no sirven para nada”. En 1850 Eymard obró con más determinación. Confió a Mayet que había ido a Fourvière a pedir dos favores especiales para el Año Nuevo: la aprobación de la tercera orden por la Santa Sede y del cardenal de Lyon para su diócesis. Había dicho a Nuestra Señora que para ello estaba dispuesto a sufrir “lo que tú quieras; por adelantado acepto todas las críticas, todos los reproches”<sup>4</sup>. Sabía de dónde le vendrían.

<sup>3</sup> Cave, p. 86. Hablando de la tercera orden, Eymard dijo a Mayet: “Me dijo un día el P. Eymard que Dios había podido poner en él una luz que le impedía toda duda, y gracias al apoyo de esta claridad interior he podido formarme bien la conciencia”.

<sup>4</sup> Cave, p. 107. Quien cita el informe Mayet: “Bajo esta condición, acepto sufrir todo lo que usted quiera, y me someto desde ahora a todos los golpes y a todas las iras”

Eymard declaró haber sentido mucho que su acción de 1850 desagradara a Colin, cuyo nombre aparecía en la súplica sin autorización ninguna de él. Pero nunca negó la responsabilidad de la aprobación. Como respuesta Colin retiró a Eymard de Lyon y le nombró superior del colegio de La Seyne. “Que el castigo borre el crimen”, dirían Gilbert y Sullivan. A partir de ese momento Colin desconfió de los métodos de Eymard, quien también sintió la sacudida. Todo este incidente contribuyó a la fundación de los Padres del Santísimo Sacramento.

## **El Capítulo de 1854**

La segunda muestra significativa de la actitud de Colin frente a la tercera orden de Eymard se dio en el Capítulo general celebrado en Puylata en 1854. Colin iba a presentar su dimisión como Superior General. Eymard le empujó a disipar la impresión, muy extendida, de estar opuesto a la tercera orden. Colin vino expresamente de la Neylière. Mayet, que no era capitular, anotó las palabras de Colin. Se pueden encontrar más detalles en las notas muy completas que tomó según iba hablando Colin. Compulsadas todas las fuentes, se puede decir que Colin dio a la tercera orden de Eymard una aprobación más bien ambigua. No podía menos de apoyar la idea general de la tercera orden “pues fui yo quien dio los primeros pasos en Roma”. Naturalmente, aprobaba las oraciones y los sacrificios de los grupos de Eymard. Pero, en lugar de alabar directamente el trabajo de Eymard, declaró con evasivas: “¿Qué pretendemos? Extender lo que está bien, extender más y más la comunión de los santos. Eso es todo. Apoyemos, pues, todas las terceras órdenes... todo lo que conduce al Padre celestial”.

De modo más claro habló de los breves que concedían indulgencias a la tercera orden que él había obtenido mucho antes. Pero no habló de las obtenidas por Eymard ni de la aprobación papal de la tercera orden en 1850. Y, aunque conocía la inclinación de Eymard a escribir reglas y que sus grupos ya tenían una, añadió: “La tercera orden tendrá sus Reglas como las otras ramas de la Sociedad. Yo creo que eso entra en los designios de Dios”. Esto demuestra claramente que encontraba insatisfactoria la situación del momento.

Creo que Colin, en el Capítulo de 1854, estaba dando largas al asunto. Sencillamente, su pensamiento sobre la tercera orden todavía no estaba lo suficientemente maduro como para dar un juicio en una asamblea tan formal como es un Capítulo General. Colin tuvo siempre la impresión de que, en un asunto tan importante, la Providencia le indicaría el momento oportuno de actuar. No creía que hubiera llegado ese momento. En apoyo a esta interpretación quiero resaltar dos puntos de las gotas de su discurso: “Yo me quejé un poco, puse objeciones al principio, porque lo que estaba ocurriendo iba más allá de mis ideas...”

“No nos adelantemos a los momentos de la Providencia”. Esta interpretación viene confirmada por el hecho de que una de las razones dadas por Colin para dimitir de General en 1845 había sido el deseo de trabajar por la tercera orden.

Las generaciones posteriores encontraron muchas dificultades para explicar por qué Colin aplazaba continuamente la cuestión. En 1854 no había escrito ni siquiera una serie de orientaciones para la tercera orden, cuánto menos una regla. Si Eymard no hubiera llenado ese vacío, gran parte del buen trabajo hecho con los laicos no se habría realizado.

Mayet dice que el Capítulo pidió a Eymard que diese una conferencia sobre la tercera orden, “en solemne homenaje por sus éxitos apostólicos” y que existía un deseo general de que Eymard fuera nombrado director general de la tercera orden. Pero no hay constancia de estas intenciones en las actas del Capítulo ni en las notas muy completas a las que me he referido. La conclusión de Cave es que Mayet, gran amigo de Eymard, utilizó una fuente apócrifa. El propio Eymard no pudo concluir, sino que “de todas las formas, se recurriría a él necesariamente para continuar su obra”. Es interesante notar que Coste, en su edición de Mayet, “Habla un Fundador”, omite la referencia a estas supuestas intenciones del Capítulo.

Es sorprendente que Eymard afirmara estar satisfecho con la intervención de Colin. Sin duda

los santos se contentan más fácilmente que la mayoría de nosotros en estas situaciones, pero pocos motivos tenía para estar satisfecho. Si la tercera orden hubiera sido un invento puramente humano, costaría no sentir pena por él, especialmente después de sus inmensos y fecundos esfuerzos. Pero Colin siempre había considerado la tercera orden como parte de la obra que María le había encomendado. Tenía la responsabilidad de velar para que aquella obra se realizara del modo como él la había comprendido. Entretanto el único que había hecho algo concreto era Eymard. El Capítulo aceptó provisionalmente su regla.

### **Veinte años difíciles**

Los 20 años siguientes fueron difíciles para la Sociedad. Conocemos bien la historia de las Constituciones de Favre y el modo cómo fueron desplazadas por las de Colin en el Capítulo de 1870-1872. Mayet desempeñó un papel importante en el éxito de esta cuestión, aunque sabía que en la regla de la tercera orden había sensibles deficiencias. No ahorró ningún esfuerzo para remediarlas. Cuando estaba preparando una nueva edición de la biografía del capitán Marceau, envió a Colin un ejemplar del apéndice, donde describía la situación de la tercera orden en el momento en que Eymard había admitido al oficial de marina. Colin no podía aceptar aquel relato de los orígenes de la tercera orden, y mucho menos la sugerencia de que la aprobación papal en 1850 era uno de los momentos culminantes. Respondió a Mayet el 28 de junio de 1872: “Puesto que la tercera orden es una **extensión de la Sociedad de María** (el subrayado es mío) y que no está aún organizada de modo definitivo, sería prudente suprimir lo que usted escribe en la Vida del capitán Marceau. Más tarde se publicará una nota completa sobre la tercera orden”. Según el P. Brendan Hayes, la respuesta de Colin “muestra claramente que la organización existente no correspondía, al menos del todo, a la idea que el Padre Fundador tenía de la misión de Nuestra Señora”. Dejaba en claro también su pensamiento al unir estrechamente la tercera orden a la Sociedad.

Mayet escribió a Colin el 21 de febrero de 1873 con bastante franqueza: “... por un lado dice usted que la tercera orden, tal cual existe, no encaja del todo en sus ideas y, por el otro, no nos dice cuáles son esas ideas. Nadie las conoce. Yo mismo, que he tenido la suerte de vivir tanto tiempo con usted, de oírle todo y de recordar muchas cosas, tendría grandes dificultades en formular sus deseos y proyectos... En cuanto a la salvación y santificación de las almas, tenemos, padre, en la tercera orden un fermento poderosísimo, una fuerza grande y amable para consolar a la gente. Lo que aquí interesa es conocer la voluntad de Dios sobre el particular, encontrarla y cumplirla, nec plus, nec minus, nec aliter. Querido Padre, tenga la bondad de ofrecerse a la Santísima Virgen con esta intención, de ponerse en sus manos como la pluma en manos del escritor; en una palabra, de hacer lo que pueda, que ella hará lo demás”.

Mayet conocía mucho sobre la forma como Colin se imaginaba la tercera orden, como lo muestran los once volúmenes de sus Memorias. Las palabras de su carta estaban calculadas para provocar al anciano a la acción. Urgido por hombres como Mayet y por el sentido mismo de su destino personal, Colin respondió a Mayet pidiéndole todos los documentos de Eymard que aquél había mencionado en una carta anterior... “Pedí a este buen Padre dirigir la tercera orden en Puylata. Lo hizo sin llegar a comprenderme, siguiendo sus ideas personales, que yo desconocía. Puesto que me propongo dejar una breve nota sobre la tercera orden, deseo sinceramente, para evitar todo peligro de contradecirnos, que me haga llegar un ejemplar de los escritos de ese buen Padre sobre la cuestión, y si corresponden al fin original de la tercera orden, me sentiré obligado y dispuesto a adoptarlos... Mi mayor deseo es poder dedicarme, después de la pascua y durante el verano... a esta cuestión importante de la tercera orden”. La carta expresa una vez más el disgusto de Colin por la forma como Eymard actuaba. Pero no creo que demuestre que Colin no tuviera ningún conocimiento de los escritos de Eymard. Todo lo que demuestra es que no los tenía a mano en el momento en que los necesitaba.

## La biografía de Eymard

Mayet no pudo responder a esta petición. Envío, pues, a Colin el capítulo sexto de su vida manuscrita de Eymard, que comprendía unas 190 páginas y trataba de la acción de Eymard como director de la tercera orden. Mayet podía adivinar la reacción posible de Colin al leerlo. Pidió al Padre Molino hacerlo con suma discreción. La reacción fue más explosiva de lo temido. Molino sólo pudo leer las setenta primeras páginas. Colin tenía bastante con eso. El 18 de octubre de 1873 Molino escribió a Mayet: “Al Padre Fundador no le ha gustado en absoluto...Condena el contenido y la forma... Condena el contenido, porque eso no es la verdad. De hecho, el Padre Eymard nunca ha recibido del Padre Fundador la misión de establecer la tercera orden, y ni siquiera la de dirigirla, etc., etc... La tercera orden que ha formado y dirigido ostensiblemente, es una tercera orden completa y absolutamente distinta de la que el Padre fundador tenía y tiene todavía en mente”.

Ante unos sentimientos expresados con tanta fuerza se puede uno preguntar por qué Colin no había manifestado a Eymard un rechazo más contundente en los dulces días de la tercera orden. Colin se explicó en otra carta de Molino a Mayet del 28 de octubre de 1873, diciendo que ya había notado lo que estaba pasando, que incluso había protestado. “Sin embargo, como el Padre Eymard actuaba muy solo, sin consultarle, por el bien de la paz y esperando el día de la Providencia el P. Fundador pensó que era prudente dejar correr las cosas”<sup>5</sup>.

Y, refiriéndose a las Constituciones de los Padres recientemente aprobadas por el Capítulo General, añadía: “Como las ha dejado correr para asuntos más importantes, para los cuales ha llegado el día de la Providencia”. Y más adelante: “La tercera orden que existe no es en absoluto, en absoluto, lo que él desearía, etc...”. Molino leyó esta carta a Colin antes de enviarla, y Colin la aprobó.

## Las Constituciones de Colin

Eymard abandonó la Sociedad en 1856 y murió en 1868. Se puede decir que en 1873 ni la tercera orden ni el Manual eran como él los había dejado. Pero ambos eran legado suyo y estaban profundamente influidos por él. El informe de Mayet (donde aparecen las cartas de Molino) llega a esta conclusión: “Pienso que sería una gran desgracia y un acto de infidelidad a Dios y a María obstinarse en la situación actual. La tercera orden debe ser lo que Dios y María han querido, nec plus, nec minus, nec aliter”.

Por fin llegó el día de la <sup>-8-</sup>Providencia que Colin había esperado tanto tiempo. El Padre S. Dauphin escribía el 4 de septiembre: “El Padre Fundador tiene un amor muy especial a la tercera orden. Habla de ella continuamente. La bendice con un afecto especial... El Padre Girard dice que tiene ideas precisas sobre el particular; no le queda más que ponerlas por escrito. Girard podía hablar con cierta autoridad. Había sido director de la tercera orden antes de Eymard y había ayudado a Colin a modificar las rígidas reglas que Pompallier había dejado a las terciarias de Lyon. Pero la cosa era urgente. Continuaba Dauphin: “Si no lo hacen ahora, la pérdida será irreparable, o casi. Esa es mi opinión, sobre todo cuando oigo lo que se dice a mi alrededor. La tercera orden quedará desmantelada y no volverá a tener el alcance grande e inmenso que el Reverendo Padre tenía previsto”. Por los años 50 comentaba el Padre Hayes: “Eso es justamente lo que sucedió históricamente, al perder de vista el esfuerzo del Padre Fundador en los últimos años de su vida”. La tercera orden de Eymard había dominado el campo sin oposición seria durante mucho tiempo; no resultaba fácil desalojarla. advertir

El 14 de septiembre de 1873 el secretario de Colin, el Hermano Jean Marie, manifestaba la

<sup>5</sup> Molino a Mayet, el 28 de octubre 1873, Cave, pp. 131-132: “El P. fundador no ha dejado hacer sin dar su precer e incluso sin protestar. Sin embargo, como el P. Eymard actuaba mucho por su cuenta, sin consultarle, por el bien de la paz y a la espera del día de la Providencia, el P. fundador ha estimado que era prudente dejar correr las cosas – como en otras ocasiones las había dejado correr para asuntos más importantes y para las que el día de la Providencia ya había llegado”.

determinación del Fundador de completar su obra: “Todas sus oraciones, y las mías también, se centran ahora en las reglas de la tercera orden”. Colin agradecía también las oraciones y los sacrificios de los terciarios de París. Un hombre como él, tan espiritual, las habría aceptado de cualquiera persona. Finalmente llegó el día tan diferido y deseado. En abril de 1874 Colin dictó a Jean Marie las ideas clave sobre la tercera orden. Las expuso oralmente al Padre Jeantin y le pidió que las pusiera por escrito. Así se hizo. Colin aprobó lo escrito. Este mismo procedimiento lo había seguido para escribir el *De Societatis Spiritu*. El texto de Jeantin fue impreso en mayo de 1875 con el título “*Constitutiones Confraternitatis seu Sodalitatis sub auspiciis B.V.M. ad Conversionem Peccatorum et ad Justorum Perseverantiam*”. Es interesante notar que en la súplica de Eymard a Roma en 1850 el título era “Tercera Orden de María para la vida interior” (sic).

El prefacio latino de las Constituciones nos habla del sentido del deber en Colin y de su deseo de dar unas Constituciones a cada una de las ramas de la Sociedad. Nos dice que el alma de Colin no estaría tranquila hasta dar cima a las últimas Constituciones, las de la tercera orden. Con un agudo sentido de la situación nos informa que fueron “*diu et mature perpensas*” (larga y sosegadamente pensadas). La frase siguiente es bien significativa: “*Sequens expositio nihil aliud est quam Constitutiones presbyterorum Societatis Mariae quoddam complementum*” (La exposición que sigue no es más que como un complemento de las Constituciones de los sacerdotes de la Sociedad de María). Dicho esto, se entiende que sean tan cortas. No precisaba repetir lo dicho con tanto esmero en las Constituciones de 1872.

En este documento se confirma el rechazo de la tercera orden de Eymard. En lugar de referirse a la aprobación de Pío IX en 1850, habla de la aprobación de toda la Sociedad por Gregorio XVI, que abarcaba también a la tercera orden. La idea que tenía Colin de su confraternidad es muy diferente de la que Eymard tenía de la tercera orden. La contempla como una parte orgánica de la Sociedad, con la misma espiritualidad, el mismo espíritu y la misma misión. Por eso, sus nuevas Constituciones no son “más que el complemento de las Constituciones de los sacerdotes de la Sociedad de María”. Eymard, en cambio, consideraba la tercera orden como algo al margen de la Sociedad. Por eso, su biógrafo más autorizado, Cave, puede decir que Eymard nunca consideró su trabajo por la tercera orden como una forma de realizar las ideas del Fundador, sino que él mismo se consideraba “el fundador y legislador” y con derecho a un cierto control personal. Este es el motivo principal por el que la tercera orden de Eymard no puede satisfacer hoy a la Sociedad.

Las nuevas Constituciones de 1985 afirman en el n.6 que las Constituciones que Colin nos dio continúan siendo para nosotros “la expresión auténtica de la naturaleza y de los fines de la Sociedad de María”. Al reconocer esto, son fieles a la llamada lanzada por el Vaticano II a los institutos religiosos: “Por tanto, procurarán mantenerse fieles al espíritu y los objetivos del fundador”. Y en el n. 112 de los nuevos Decreta Capitularia nos manda “integrar a los seglares maristas en la misión global de la Iglesia en la línea contemplada por el Padre Colin”. No se pone en duda el excelente trabajo de Eymard, su eficacia, el alto aprecio personal que le tuvo siempre Colin. Lo que aquí se dice es que un instituto recibe unas gracias especiales cuando es fiel a su misión particular en la iglesia y esas gracias se pierden cuando se aleja de ella.

Cuando miramos a Eymard y Colin desde nuestra perspectiva actual no es difícil constatar las diferencias más notables de perspectiva entre ambos. Para nosotros el mito marista dominante no es Nazaret, como para Eymard, sino María en medio de los apóstoles. El Marista de hoy se va de misión (aunque sólo sea para ir a un paso de su casa) con el espíritu de Nazaret, pero va.

Todo el artículo primero de las Constituciones de Colin para la fraternidad acentúa el ardiente deseo de María por la salvación de toda la humanidad. Esta perspectiva característica, afirmada desde el principio, se mantiene a todo lo largo del texto. En este breve recorrido no es necesario mostrar en detalle lo abierto del texto y su voluntad notable, de incluir a todo el mundo. Baste

decir que lo esencial de lo que Colin escribió llega a nuestros contemporáneos.

Por ejemplo, cuando propone que los niños, desde el seno materno, pueden participar de las oraciones y en los méritos de la confraternidad. Esta propuesta ha sido bien recibida por los jóvenes transeúntes del oeste de Irlanda; también ha sido acogida entre las familias más sofisticadas de los Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda. A un nivel más profundo, tenemos en los artículos 31 y 32 el llamamiento a modelar la Iglesia a imagen de María. Y recordemos que, cuando por breve tiempo esta Iglesia fue realidad con Juan XXIII, alcanzó un inmenso poder evangelizador. El propio Kruschew declaró en el Kremlin: “Yo no soy católico, pero tengo un gran respeto a este papa Juan”. A los neozelandeses les interesará saber que fue este papa Juan quien atrajo a la fe a los padres de James K. Baxter.

### **Los pasos de Cozon**

Con las Constituciones de 1875 Colin había aclarado suficientemente sus intenciones a sus contemporáneos. Pero se necesitaba algo más para que se transmitiera en toda su riqueza la herencia espiritual que había recibido en depósito. El paso decisivo se dio cuando Alfonso Cozon llegó a la Neylière en octubre de 1874. Cozon conoció íntimamente a Colin en los últimos cuatro años de la vida del Fundador, y anotó sus ideas más entrañables sobre los Hermanos coadjutores y sobre la tercera orden. No sólo anotó las ideas; frecuentemente recogió las palabras mismas del Fundador en el momento de pronunciarlas.

A Colin le gustaba la forma como Cozon captaba su pensamiento, y aprobó el Manual de los Hermanos que publicó. En el otoño de 1874 pidió varias veces tenerle a su lado. Cozon remoloneó un poco porque sospechaba que Colin quería confiarle un trabajo por encima de sus capacidades, y que otros Padres podrían mirarle con malos ojos. Pero, como dijo él, estaba preparado para la humillación si ésa era la voluntad de Dios: Colin le pidió poner por escrito los elementos elaborados de su pensamiento sobre la tercera orden. Y, como no le gustaba el manual existente, le pidió componer uno nuevo a partir de algunas consideraciones y consejos generales que le dio.

Cozon se sintió sorprendido y extrañado del celo que Colin ponía en la tercera orden. Creyó que esto se debía a que deseaba dejar en esta obra el espíritu propio de la Santísima Virgen, espíritu que quedaba falseado en un punto esencial; las agitaciones que experimentaba no tenían otro motivo”.

Colin comenzó deplorando<sup>10</sup> el espíritu racionalista de aquellos religiosos que veían en la Sociedad una empresa ordinaria. Si sólo fuera eso, acabaría por desaparecer; pero, “la Sociedad es una obra que debe durar en la Iglesia”. “Se imaginan que la tercera orden es una creación humana. Eso es tener poca fe. Es una obra que debe durar. Ha empezado ab initio. Ha sido bendecida por Roma. Ha recibido un breve de Gregorio XVI. Las Constituciones estaban hechas cuando yo era vicario”. “Esa idea de la tercera orden es una idea que siempre me ha preocupado mucho; ha sido una de las primeras ideas de la Sociedad y esas ideas las he conservado”.

Contaba Colin que, hacía muchos años, en Roma, cuando el Cardenal Castracane había protestado, demostraba con ello que había comprendido lo que se le acababa de decir: “Entonces, todo el mundo será marista, hasta el Papa”. Pero, ahora, “vosotros, no; ponéis objeciones, sois unos racionalistas”. Colin advertía a Cozon: “Usted debe ser un santo para hacer lo que le pido”. Ahora es cuando se debe hacer lo que se pueda. “Más tarde la obra crecerá. Dios suscitará a alguno; los hombres no crecen de repente; las obras, tampoco”. Si dependiera de Colin, “querría alistar el mundo bajo la bandera de la Santísima Virgen. El mundo se pierde”. Colin recomienda a Cozon que consulte a David y Jeantin, pero no a todo el mundo, pues no todos comprenden. Cozon, muy excitado, se fue dejando a Colin, quien había hablado como fundador, con el carisma de tal.

Cozon tiene cosas interesantes que contar sobre las Constituciones escritas por Colin para su confraternidad. Por ejemplo, hace notar que los que le habían oído hablar sobre el tema reconocían en el texto ideas ya expresadas por él de viva voz. Pero las mejores observaciones de Cozon están contenidas en un comentario a las Constituciones de Colin, incluido en su Manual redactado para la fraternidad. Hablando de uno de los elementos que él consideraba capital, dice:

“En el pensamiento del P. Fundador la tercera orden no debe encerrarse en los límites de la Sociedad. En cierto sentido debe ser una obra fuera de la Sociedad, a la que la Sociedad debe comunicar su espíritu propio, que es el espíritu de la Santísima Virgen. Su desarrollo no debe limitarse a las proporciones de la Sociedad; no debemos retenerla en nuestras manos, sino sólo hacerla pasar por ella. No es, pues, un engranaje de la Sociedad; no debe, por decirlo así, irradiar a nuestro alrededor como un planeta alrededor de su constelación, sino resplandecer en la Iglesia. Ya no es, pues, un medio apreciable para ayudar a la Sociedad atrayendo el interés de los fieles, sino un medio de extender su acción en el mundo, de suerte que el mismo fervor que nace de María y pasa por los Padres y por los miembros de la tercera orden vaya a perderse en la Iglesia sin ninguna consideración personal”.

Estamos ante un texto definitivo para comprender el movimiento seglar marista hoy, y es una buena piedra de toque para juzgar toda nueva iniciativa. Es un texto que nos ilumina también cuando dice que, al ser María madre de todos los cristianos, la Sociedad debe ser también, madre de todos, justos y pecadores. “Por su constitución debe tratar de ser para el mundo lo que para el mundo es María”. Cozon sabía muy bien que en su tiempo había muchas asociaciones y que la tercera orden, tal como era entonces, en poco se distinguía de ellas. Pero el proyecto de Colin era muy diferente y estaba bien adaptado a las necesidades de la Iglesia. Cozon notaba en su comentario un punto muy práctico. Hacía notar que el movimiento previsto por Colin tendría “los más vastos medios de desarrollo, lo que no ocurrirá sino cuando los pastores hallen en ello ventaja”. Creo que una de las razones del enorme éxito de las Madres marianas en Nueva Zelanda es que, desde el principio, los pastores han seguido este consejo.

Finalmente, Cozon responde a dos objeciones que se podrían hacer a Colin. La primera, que su proyecto no era realista; la segunda, que Colin no siempre se había manifestado tan claramente como en los últimos años de su vida. A la primera objeción responde: “Oigámosle, pues, afirmar que no había fundado una obra cualquiera, sino una obra especial que Dios quería. Escuchémosle cuando dice ~~que~~ que la Sociedad ha recibido una bendición fecunda para regar por el mundo entero los tesoros de que es fuente María”. Y sobre la segunda objeción: que el pensamiento del Fundador no había sido siempre claro en el pasado, “lo fue perfectamente en los últimos años de su vida”. Si la formulación no había sido clara a veces, su proyecto sí que lo era. Creo que los textos más antiguos sobre la tercera orden deberían ser interpretados desde la perspectiva de los últimos años de Colin. Entonces constataremos que forman parte de un todo.

Cozon hizo lo que pudo. Confesó que no había sido capaz de proponer los medios para poner por obra el pensamiento del Fundador. Sencillamente fue muy fuerte la oposición por parte de algunos padres. El P. Coste en su tercera conferencia de Framingham, ha hablado sobre la historia ulterior del Manual de Cozon. Cada época se enfrenta a dificultades particulares. Como dice Coste, creo que ha llegado el momento de escuchar todo el peso de la voz del Fundador y de traducirle en hechos. Ahora voy a hacer algunas propuestas para decir el cómo.

## **Segunda parte**

### **LA VISIÓN**

1. Creemos que el P. Colin y sus compañeros fueron elegidos por María para tener una relación privilegiada con ella y para continuar su obra. “Somos portadores de una gracia particular en la Iglesia y para la Iglesia. No podemos ponerla debajo del celémín; queremos compartirla”.
2. Frente a la imagen de una Iglesia autoritaria, opresiva y poco creíble, los Maristas pretenden mostrar en sus comunidades, apostolados y vida personal, una Iglesia de rostro humano, una Iglesia a imagen de María, una nueva Iglesia.
3. Dar expresión a esa imagen ante el mundo entero es una tarea demasiado grande para la rama clerical de una pequeña congregación. Ahora bien, ¡nunca se pretendió que esta rama represente por sí sola a toda la Sociedad! (El árbol de tres ramas sugiere unidad y diversidad). La espiritualidad y la misión maristas forman una unidad indivisible; son patrimonio, por un igual, de todos los miembros de la familia marista.
4. El movimiento seglar marista no debe ser considerado como una multiplicidad de grupos, si bien su estrategia de base reside en el grupo. Hay que entenderlo como un movimiento que engloba grupos varios y que contribuye al nacimiento de una nueva Iglesia. Para nosotros este movimiento no es una actividad marginal. Verdaderamente se halla en el corazón de la misión de la Sociedad.

### **Principios**

1. El movimiento seglar marista es manifestación del dinamismo intrínseco de la Sociedad y tiene su misma extensión.
2. Nuestra tarea consiste en compartir plenamente nuestra espiritualidad y nuestra misión con los seglares para que ellos las desarrollen y apliquen a su manera. Los seglares no son meros oyentes; están llamados a ser actores. En este compartir se distinguen dos fases:
  - a) La trasmisión,
  - b) la entrega de las responsabilidades en sus manos.

- 12

El movimiento seglar marista nos es confiado no para provecho de la Sociedad y de sus obras, sino para el bien de la Iglesia. Forma parte integrante de la Sociedad, pero no debe limitarse a ella. Los maristas actúan de iniciadores y animadores, no de dirigentes.

3. El movimiento seglar marista debe ser considerado ante todo como un movimiento evangelizador. Hoy debería dirigirse hacia los no practicantes y los no creyentes. Los “justos” serán los evangelizadores.
4. El horizonte del laicado marista se extiende al mundo entero. En cuanto movimiento de evangelización, debe ser ecuménico.
5. El movimiento seglar marista debe ser entendido como una iniciativa de toda la familia marista.

## **Tercera parte**

### **ESTRATEGIAS**

¿Cómo podrán llevarse a la práctica las intuiciones colinianas? ¿Cómo podrán animar la vida y la acción de los laicos? En esta exposición he intentado, hasta aquí, buscar una respuesta en la herencia coliniana. Miremos ahora hacia los signos de los tiempos:

1. los movimientos: Focolari, Taizé, Sant'Egidio, etc.
2. los grupos de Madres marianas en Nueva Zelanda,
3. una nueva iniciativa franciscana.

Los maristas tenemos un movimiento tan significativo como los demás; incluso puede tener tanta importancia para la Iglesia como el de san Benito o el de san Francisco. De momento, podríamos aprender algo de esos movimientos que tan palpablemente llegan al espíritu y al corazón de nuestros contemporáneos.

#### **Para un buen funcionamiento del movimiento seglar marista**

A. Trampas a evitar:

1. Creer que sólo hay una estrategia posible.  
Esto no se puede afirmar en una congregación internacional. Incluso dentro de cada cultura hay diferentes niveles que precisan de enfoques diferentes. Los maristas deben ser capaces de vivir en la diversidad ad intra y ad extra.
2. La actitud pasiva del laissez-faire.  
Todo lo que tenemos que hacer es vivir como maristas.  
El compromiso de los laicos vendrá por sí mismo.

B. Hemos de ser verdaderos profesionales y utilizar los medios más eficaces. Si damos pruebas de sensatez (y de humildad), aprenderemos de esos otros movimientos, por ejemplo. Nos esforzaremos por ser en todo discípulos de Colin.

#### **Primera proposición**

En algunos lugares del mundo se impone dar un nombre nuevo a la tercera orden. Lo mejor es dejar que cada región decida. El nombre elegido deberá permitir al movimiento traspasar fácilmente las fronteras maristas y católicas.

#### **Segunda proposición**

Nuestra tarea consiste en transmitir a los seglares la visión y el espíritu maristas, nuestra concepción global de la misión; ser pacientes y tolerantes con ellos. Se mueven en un terreno desconocido.

#### **Tercera proposición**

La estrategia de base reside en el grupo, unido por el espíritu y los objetivos maristas, y responde a los tres principios siguientes:

- \* Ser una comunión estrecha de espíritu y de corazón,
- \* descubrir juntos el Evangelio y vivirlo como María,
- \* descubrir el modo en el que cada miembro puede servir mejor al Reino y concretar ese servicio.

Los miembros del grupo aprenden juntos la forma de ser evangelizadores eficaces, de responder a los desafíos que les presentan los no creyentes y los no practicantes; mantienen una preocupación especial por los marginados y los abandonados.

El servicio prestado por el grupo es una contribución a la misión de la Iglesia. La **Evangelii nuntiandi**, n.70, da a los miembros algunas orientaciones para situar su participación:

“Su tarea primera e inmediata no es establecer o desarrollar la comunidad eclesial (función específica de los pastores), sino poner en marcha todas las posibilidades de vida cristiana y evangélica latentes, pero ya activas, en las cosas del mundo. Su campo propio de actividad misionera es el vasto y complicado mundo de la política, los problemas de la sociedad y de la economía; el mundo de la cultura, de la ciencia y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación social. Incluye también otras realidades abiertas a la evangelización como el amor humano, la familia, la educación de los niños y los adolescentes, el trabajo profesional, el sufrimiento”.

#### **Cuarta proposición**

Necesitamos buenos programas para una formación sólida y continuada de los laicos. Formación inicial cuando el grupo se pone en marcha. Formación permanente a la cual contribuye el librito que permite preparar cada reunión (textos de la Escritura, sacados del ciclo litúrgico, visión marista, doctrina).

Pero se necesita una formación más en profundidad. Pueden servir de modelo el rito de iniciación cristiana de adultos, las comunidades jesuitas de vida cristiana...

#### **Quinta proposición**

Es de capital importancia que los provinciales nombren animadores eficaces. El nombrado debe estar perfectamente al tanto de las corrientes de pensamiento que existen en la Iglesia y en la Sociedad. Si no tiene esta cualidad, debe tener un asistente que la tenga. No basta ser un buen organizador o tener buen sentido pastoral. “Ideas confusas, acción confusa”. Hay una visión marista del laicado que la Sociedad está obligada a llevar a la práctica.

También necesitamos de coanimadores en cada provincia y a nivel internacional, provenientes de las otras ramas de la familia marista.

#### **Sexta proposición**

La situación del movimiento seglar marista en cada provincia y su capacidad para atraer nuevas vocaciones están fuertemente vinculadas. Las vocaciones sólidas vienen de familias cristianas sólidas. Muchos seglares, que viven de nuestra espiritualidad marista y participan en nuestra misión, pedirán tener mayor participación.

#### **Séptima proposición**

Sería muy útil organizar cuanto antes asambleas regionales. Estarían representadas todas las ramas de la Sociedad: Hermanas, Hermanos, seglares. El objetivo sería compartir experiencias, crear un sentimiento vivo de compromiso en una empresa común, afirmar nuestra unidad por encima de la diversidad de formas y estructuras, fijar estrategias de evangelización de los laicos a largo plazo.

#### **Octava proposición**

Crear cuanto antes grupos que encarnen todo lo que acabo de proponer.

\*\*\*\*\*